Todo cuanto hacemos por la carne, por las criaturas y por el mundo, todo es vano, todo es perdido, y todo se lo lleva el viento; y aun en el caso de que por ello no merezcamos un castigo, no tenemos derecho para esperar ningun fruto ni recompensa alguna. Solo siguiendo á Jesus, amando á Jesus y permaneciéndole fieles hasta la cruz, es cuando no corremos ningun riesgo ni tenemos cosa alguna que perder. Los menores esfuerzos, los mas pequeños sacrificios, los tiene contados y anotados, para que no queden sin recompensa. Nada escapa á la sabiduría de su espíritu ni á la liberalidad de su corazon. Y por qué no hemos de hacer por ese Dios de amor que nos salva y nos recompensa, al ménos lo que hacemos por un mundo que solo procura nuestra corrupcion, nuestra desgracia y nuestra perdicion? (*Vease la nota segunda.*)

CAPITULO III.

Ya es tiempo de pricipiar á esplicar las bellas palabras que Jesucristo dirigió á María y á S. Juan; y esto en su sentido mas noble, en el sentido que nos toca mas de cerca, y que forma el objeto de nuestro trabajo.

Para trazarnos un camino en esta esplicacion, observarémos desde luego que en el órden natural pudo Dios desde el principio haber criado al hombre de tal manera que él solo bastase para la reproduccion y la conservacion de su especie. Mas la sabiduría divina quiso disponerlo de otro modo. „No es bueno, dice, que el hombre, este solo en la tierra." Despues de haber declarado con estas graves palabras la necesidad que tiene el hombre de educarse y de vivir en sociedad, quiere darle una compañera semejante á él,

no solo porque es de su misma naturaleza, sino porque es tambien de su misma sustancia. El quiere darle una ayuda, un ministro con cuyo auxilio pueda conservar y multiplicar su especie, y forma la muger, por una operacion misteriosa é inefable, de una porcion del cuerpo mismo del hombre.

Debemos admirar aquí cuán estraordinarias y singulares son la existencia, el ministerio, el destino y las cualidades de la muger.

En primer lugar la muger es un ser misterioso. El hombre encuentra en su fuerza y en su vigor una gran parte del imperio que ejerce; pero no sucede así á la muger. Ella reina por su propia debilidad; ella encanta, por su timidez; ella impone, por su pudor.

La muger es como un ser múltiple, y por decirlo asi, como una doble naturaleza. Colocada en la familia entre el hombre y el niño, entre el padre y el hijo, participa de la naturaleza y de la condicion del uno y del otro. Participa de la naturaleza del hombre por la razon y por la inteligencia, y de la naturaleza del niño, como todos los fisiólogos lo han notado, por la delicadeza de los órganos, la movilidad de las fibras, la irritabilidad de los nervios, la timidez del carácter y la ligereza del temperamento. Ella participa de la naturaleza del padre, porque con él y como él es independiente de sus hijos y les manda; ella participa de la naturaleza del hijo, porque está sujeta lo mismo que él al padre y le obedece. De este modo participa de los dos estremos y los reune en sí misma. Ella es pues el término medio, el centro y el vínculo de la sociedad doméstica. Ella reune los dos elementos mas apartados, los pone de acuerdo y forma ese todo que llamamos familia.

Mas respecto á las relaciones morales que forman la base de una sodiedad de seres racionales, la mision de la muger es mucho mas preciosa é importante.

Efectivamente, está en la naturaleza de todos los seres inteligentes, que el ser inferior, el ser débil, no se aproxime, ni se aficione al ser superior, al ser noble y fuerte, sino en tanto que este se incline, por decirlo asi, descienda hasta él y le manifieste préviamente su afecto.

Por consiguiente, si el niño no le habla sino porque sus padres le han hablado antes, tampoco los busca ni los ama sino porque ellos han sido los primeros en buscarle y en amarle; y si la palabra de sus padres despierta su inteligencia y le enseña á discurrir, el amor paternal escita igualmente su corazon y le enseña á amar.

Pues bien, este ministerio tan dificil, pues que se trata de disponer para la confianza el corazon tímido de un niño y de inclinar á el amor el corazon independiente de un padre; este ministerio tan sublime y tan importante, pues que estos sentimientos son los únicos que pueden aproximar á dos seres tan apartados como el padre y el hijo, y que son el principio y la bace de las relaciones establecidas entre ellos; este ministerio repito, es propio y esclusivo de la madre. La madre es la primera que manifiesta y revela à su hijo la persona de su padre; y la que hace gustar y saborear al padre las tiernas caricias y la inocente sonrisa de su pequeño hijo. La madre es la que alienta á la debilidad para que busque á la fuerza y se aproxime á ella sin temor, y hace que la fuerza se doblegue hasta buscar á la debilidad y acomodarse tiernamente á ella.

Sin el auxilio de esta mediacion, de esta industria de una madre, (ó de la que está en lugar de madre) que empequeñecen, por decirlo asi, al hombre hasta llegar al niño, y engrandecen al niño hasta llegar al hombre, el niño miraria siempre al hombre con miedo, y el hombre miraria siempre al niño con indiferencia.

La madre es la que inspira y hace nacer la confianza y el amor entre el padre y el hijo; ella es tambien la que la enardece si llega á resfriarse, y la reanima y la renueva si llega á estinguirse. La madre es la que escusa, defiende y protege al hijo culpable ante el padre irritado; ella calma la indignacion de este, templa su rigor, detiene el efecto de sus amenazas, aparta el castigo y obtiene el perdon. La madre es la que hace valer los derechos, la razon y la autoridad de un padre ofendido ante un hijo prevaricador; la que alcanza la sumision de este y le inspira el arrepentimiento. Ella no tiene paz ni sosiego mientras no consigue una reconciliacion entre el padre y el hijo, y restablece entre ellos la antigua armonía. La madre es por lo mismo en la familia la mediadora natural de la reconciliacion, la mensagera del perdon y el árbitro de la paz.

Ademas, al padre es á quien pertenece, como á una providencia, por decirlo así general, proveer á las necesidades de la familia. Mas estas necesidades no pueden ser conocidas ni comprendidas en sus mas pequeños detalles sino por la madre. El instinto prodigioso de su ternura se las revela. Ella las adivina, las previene, las toma á su cargo, las manifiesta al gefe de la casa, se las esplica y reclama su remedio; ella no se vale de su ascendiente sino para ayudar, ni de su autoridad sino para proteger, ni de su carácter de madre sino para ser el ministro de la beneficencia y la dispensadora de la bondad del padre. Todo esto, dice Santo Tomás, esplica la denominacion latina del matrimonio. Denominacion formada de dos palabras que recuerdan el oficio y el cargo de la madre, porque los cuidados particulares de la familia y de los hijos pertenecen mas bien á la madre que al padre; esta es una de las razones porque fué criada la muger, y por esta causa tambien ella es la que naturalmente se dedica mas al cuidado de los hijos.

Todas las cargas impuestas por la naturaleza á la muger, son relativas á los tiernos sentimientos del corazon, que son el principio y el fin, y el medio ejecutivo de ellas. La mano de Dios al formarla, se los dió en abundancia, y casi puede decirse que estos sentimientos constituyen el fondo de su ser. En efecto, lo que le falta en fuerza de inteligencia, lo tiene en energía de sentimientos; ella está compensada de la débil capacidad de su espíritu, con la grandeza y la generosidad de su corazon; el instinto maternal le sirve de penetracion; ella comprende menos, pero siente mas; ella obra mucho porque ama mucho; y porque todo su ministerio se reduce á amar, ella es la ternura misma. Asi es como el Criador ha dado á todos los seres las cualidades necesarias al cumplimiento del fin para que las ha formado.

Esta es la razon por qué no se encuentra en la naturaleza un amor mas tierno y mas enérgico al mismo tiempo, mas firme y afectuoso, mas contrariado y mas constante, mas combatido y mas generoso que el de una madre. Cuantos mas disgustos sufre por sus hijos, tanto mas los ama; cuantos mas dolores, mas trabajos y mas sacrificios le cuestan, tanto mayor es su afecto y su ternura para con ellos; cuanto mas defectuosos y disformes son ellos, tanta mayor compacion le inspiran; cuanto mas incómodas, mas repugnantes y mas contagiosas son sus enfermedades, mas lejos está ella de abandonarlos. Todo amor natural cede y se debilita en ciertas circunstancias; solo el amor maternal es el que no cede jamás, jamás se desalienta, jamás se cansa. El solo triunfa de todo y está á prueba de todo; él saca fuerzas de sus propios padecimientos; cuanto mas angustiado y afligido se encuentra, tanto mas activo y mas enérgico se hace.

Esta es finalmente la razon por què no hay una palabra mas dulce, mas agradable ni mas grata que la de

madre. Ella habla al corazon, y no habla sino al corazon, porque solo revela la confianza y no respira otra cosa que amor. La palabra *padre* es tierna y dulce sin duda alguna; mas con la idea de un amor generoso y fuerte, recuerda tambien la severidad y justicia que pertenecen al padre como al juez natural de la familia de que es cabeza. Mas siendo el ministerio de la madre un ministerio solo de bondad, de paz, de misericordia y de amor, el nombre de madre es tambien el símbolo del amor; él no es otra cosa que dulzura y delicias para la lengua que lo pronuncia, lo mismo que para el corazon que lo siente.

Es indudable que el órden natural y visible es en su realidad misma el símbolo y la figura del órden espiritual y divino. En efecto, la redencion del mundo por la efusion del Espíritu de Dios en los corazones helados de los hombres, es llamada en la Escritura una creacion nueva. Y nuestra vocacion á la fé y á la gracia es llamada una generacion, un nacimiento feliz que nosotros hemos recibido de Dios.

Supuesto que hay semejanza é identidad en los tèrminos, es necesario que haya tambien semejanza é identidad en las ideas y en las cosas. Es claro, segun el lenguaje de los Libros santos, que la vida y la gracia se trasmite, se conserva y se perpetúa por unos medios muy nobles, misteriosos y sublimes, pero análogos á aquellos por los que se perpetúa la vida de la naturaleza; y que hay una generacion puramente espiritual y divina que nos hace nacer para el cielo, asi como hay una generacion carnal que nos hace nacer para la tierra. Esta vida natural principió por un hombre que fué unido por Dios criador á una muger: por consiguiente, la vida espiritual debió tener tambien por principio un hombre unido á una muger por Dios redentor; es decir, que asi como en el órden temporal, ademas del padre, principio de la vida,

tuvimos una madre por cuyo medio se nos trasmitió la vida, del mismo modo en el órden espiritual, ademas del padre autor y principio de la gracia, que es Jesucristo, debimos tener igualmente una madre por cuyo medio nos fuese dada la gracia, y esta madre es María.

El Dios lleno de bondad que en el órden temporal quiso que cada hombre tuviese en su madre, segun la carne, un vínculo de union, un canal de beneficencia, una mediadora de reconciliacion, un medio de defensa, un motivo de confianza y de amor para con un padre terreno; este Dios en el órden espiritual, en el que ha esparcido con mucha mas abundancia las riquezas de su misericordia, no ha podido rehusar á los cristianos en el órden espiritual, un lazo de union, un canal de beneficencia, una mediadora de reconciliacion, un medio de defensa y un motivo de confianza y de amor para con el Padre celestial. Y comó, sin ofender á la infinita bondad de Dios que quiso proveer tan copiosa y abundantemente á nuestra redencion, puede concebirse que haya preparado en la persona de nuestra madre terrena un remedio para todas nuestras necesidades temporales, un auxilio, una ayuda y un apoyo, y que no haya hecho otro tanto respecto á nuestras necesidades espirituales, que no nos haya proporcionado los consuelos, los auxilios, la asistencia y la mediacion de una madre celestial? *(Vease la nota tercera.)*

CAPITULO IV.

Esto es precisamente lo que hizo Jesucristo, cuando desde lo alto de la Cruz dijo á S. Juan indicándole á María: He ahí tu Madre.

No es pues cierto que el insigne privilegio de tener á María por Madre sea propio y personal de San Juan, y que nosotros no entremos para nada en el misterio de esta feliz adopcion. No es pues cierto que Jesucristo, en esta amorosa delegacion, no tuviese otro designio que el de dar á María un apoyo á Juan una recompensa y á nosotros un ejemplo, y que debiéndonos contentar con echar sobre el Discípulo amado una mirada de santa envidia, no pudiésemos llevar nuestros deseos á mayor altura, ni aspirar á tener la mas pequeña parte en el afecto maternal de María. No será pues verdad que nosotros, hijos infortunados de Eva pecadora, no tenemos en el órden espiritual de la gracia y de la salvacion otra madre que una parricida, de quien recibimos la muerte al mismo tiempo que la vida; y que nada tenemos de comun con Eva inocente, con la *Madre verdadera de la vida*, de la dulzura, de la misericordia y de la bondad. No será finalmente cierto que, adoptados por hijos por el mismo Dios en el Calvario, no podamos jamás aspirar al honor de tener á María por Madre; y que habiéndonos hecho Jusucristo herederos de su gracia, de sus méritos, de su sangre y de su reino, no haya querido comprendernos en la herencia de su Madre, ó que haya olvidado y escluido á la Iglesia de esta porcion de su Testamento. Y quién podría jamás tener tales pensamientos sin sentirlos rechazados por los remordimientos, sin agraviar á la inmensidad del amor de Jesucristo para con nosotros, á las riquezas de su redencion, á la generosidad y á la perfeccion de su sacrificio?

En efecto, segun observa S. Leon, entre la muerte del Salvador y la de sus mártires existe entre otras diferencias la de que cada uno de estos ha dado su vida separadamente, y que sus muertes son

singulares y privadas, mientras que Jesucristo dió su vida por todos, y su muerte es una muerte comun, pública y universal. El defendia entonces la causa de todo el género humano, cuya naturaleza representaba en si mismo, sin tener su culpabilidad. De este modo, sacerdote de su víctima, y víctima de su sacerdocio augusto, Pontífice universal, ostia pública de propiciacion, de reconciliacion y de paz, ofrecia en la Cruz á Dios su Padre el sacrificio de los siglos por la salvacion del mundo. El se lo hacia agradable por sus profundas humillaciones, por la oblacion entera de todo lo que le era propio y personal, por su perfecta resignacion, y sobre todo por la inmensa y tierna caridad con que lo acompañaba. No es pues creible que él quisiese, ni aun por un solo instante, interrumpir esta accion sublime y perfecta, la ACCION por escelencia, para ocuparse de la recompensa debida á su Discípulo y del consuelo temporal de su Madre. No es verosímil que, ni aun por un solo instante, quisiese apartar su pensamiento del negocio público de la salvacion del mundo, para ocuparse esclusivamente de afecciones y de intereses personales y privados.

Nada es ciertamente mas justo, mas religioso, mas santo ni mas piadoso, generalmente hablando, que ver un hijo en sus últimos momentos ocuparse de su tierna madre, y un maestro pensar en su discípulo fiel. Mas si se consideran las augustas funciones y el noble cargo que el Hijo de Dios iba á cumplir en el momento de su muerte, si se atiende al carácter especial y al objeto sublime de esta muerte, se comprenderá que no podia ocuparse un solo instante de su Discípulo ni de su Madre, sin descender en cierto modo de la altura de su rango, de su posicion sublime de persona pública, de víctima universal; sin alterar la perfeccion y la inte-

gridad de su ofrenda, en la que todo cuanto le era propio y personal se sacrificaba, se ofrecia, se aplicaba y se trasmitia á nosotros.

Es verdad que en aquellos instantes misteriosos trató Jesus de asegurar el perdon á sus verdugos y el paraiso á un ladron. Mas entonces solicitó tambien el perdon para todos los pecadores á la vez, y prometió igualmente el paraiso á todos los verdaderos penitentes; por consiguiente, aquella súplica y y aquella promesa, aunque espresadas en términos particulares y privados, tenian un objeto público y universal, y por lo mismo formaban parte del sacrificio universal y público que entonces se ofrecia. Luego la declaracion de la nueva maternidad de María y de la nueva filiacion de S. Juan, aunque hecha en términos personales y privados, debió igualmente tener un objeto público y universal, á fin de que pudiese armonizarse y formar un todo con los sentimientos y los pensamientos de interés público de que Jesucristo se ocupaba únicamente en aquellos preciosos instantes.

El Discípulo debió por lo mismo representar á todos los verdaderos creyentes, así como, segun la enérgica espresion de S. Pablo, los verdugos representaban á todos los pecadores, y el buen ladron á todos los verdaderos penitentes. Así es como nosotros debimos hallarnos comprendidos en la adopcion de S. Juan. Solo asi es como esta última disposicion se eleva, se engrandece, se estiende y se ennoblece. No es ella solamente un acto del Hijo único de María, del maestro privado de S. Juan, sino mas bien un acto del Salvador universal del género humado, un acto digno del personage que lo ejecuta, y digno tambien del tiempo y del lugar en que se ejecuta.

Esto se confirma tambien por la conducta constante del Hijo de Dios con respecto á su Madre,

durante el curso de su vida mortal. Si María se queja á él por haberse sustraido á su ternura, y por haberla tenido durante el espacio de tres dias sumergida en el mas doloroso temor y en las mayores angustias, Jesus le reconviene en cierto modo por su solicitud maternal, y condena al parecer sus investigaciones y su dolor. Si María en las bodas de Caná solicita por su parte un prodigio, Jesus la reprende en cierta manera porque se toma por sus comensales mas inquietud y mas cuidado del que convendria. Finalmente si María procura verle y hablarle, Jesus lo rehusa, y protesta al parecer que no la conoce. Ademas, al llamarla constantemente *muger*, parece que le rehusa hasta el nombre, el título y la cualidad de Madre. Pero cómo es esto? Es posible que Jesus no amase á María? Es posible que María no fuese mas amada de él que todo otro objeto creado? Es posible que María no fuese mas que una muger cualquiera, y no aquella Madre que él colmó de privilegios, aquella Madre mas madre, por decirlo así, que las otras madres, supuesto que lo concibió doblemente, en su alma guardando fielmente la palabra de Dios, y en su seno vistiendo su persona de una carne humana sin intervencion del hombre? Por qué pues el Señor la trata con tan poco respeto? Por qué le rehusa toda demostracion pública de su ternura filial? Las respuestas mismas de Jesucristo en las circunstancias que acabamos de indicar, dan la solucion de este enigma, y descubren el misterio de esta indiferencia aparente del mas santo de los hijos con la mas digna de todas las madres. Cuando él rehusa un prodigio en las bodas de Caná, dá por única razon que su hora no ha llegada aun. Cuando es hallado en el templo, declara como la única causa de su estravío voluntario, que él debe ante todo ocuparse de la mision

que le ha encargado su Padre celestial, es decir de los intereses de su gloria y de la salvacion de los hombres. Cuando es llamado por María, protesta como la única razon por que se niega á verla, que no reconoce por sus parientes mas que aquellos que son fieles en escuchar la palabra de Dios y en ponerla en práctica. Y bien, cual es la significacion de todo esto, dice S. Ambrosio, sino que Jesucristo crree deberse todo entero al ministerio de que le ha investido su Padre celestias, mas bien que á los afectos de su madre terrena? Es decir que él cree deber consagrar absolutamente todos sus instantes y todas sus acciones á la salvacion de los hombres; que este importante negocio es la regla de toda su conducta y de todos sus prodigios; que él se considera, se reconoce y obra siempre como el Mediador universal del mundo, y no como el Hijo especial de María; que en él las afecciones domésticas y los respetos personales están siempre subordinados y sometidos al carácter público de Salvador; que en todos sus discursos, lo mismo que en todas sus acciones, no pierde de vista ni un solo instante la redencion del mundo; que todo aquello que á primera vista solo tiene un objeto particular, recibe de él una direccion que le hace entrar en el plan general de su mision, que él no sustrae jamas un solo pensamiento, un solo afecto ni un solo instante á esa obra sublime de la salvacion de los hombres, que Tertuliano llama la mas digna de la grandeza de Dios, y que el mismo Jesucristo llama su alimento predilecto, su alimento escogido, su única ocupacion y la obra de Dios por escelencia.

Jesucristo no quiere sustraer un solo instante de su vida á nuestra salvacion. Mas, para qué es esta reserva estrema, esta delicadeza esquisita de su parte? Ved aqui la razon: aunque el Padre celestial, por

un esceso de la mas tierna caridad, nos haya dado á su Hijo único; aunque, por un esceso semejante de esta caridad, este mismo hijo se halla ofrecido voluntariamente para ser nuestra víctima y el precio de nuestra salvacion, sin embargo, supuesto que el Padre nos ha dado generosamente á su propio Hijo, supuesto que este Hijo ha sido, digamoslo asi, pródigo de si mismo para nosotros: Jesucristo por este mismo hecho ha venido á ser nuestra propiedad y nuestra riqueza. Nosotros no teníamos derecho ni mérito alguno; la donacion del uno y la ofrenda del otro fueron perfectamente libres en su principio; pero siendo las dos verdaderas y reales, se hacen necesarias é irrevocables en sus efectos. Ellas establecen en favor nuestro un derecho real y verdadero sobre la persona del Salvador; y nosotros podemos, rigorosamente hablando, llamarle nuestro bien y mirarle como nuestra propiedad. Ved aqui por qué al anunciar Isaias su venida, se vale de estas tiernas espresiones: UN PEQUEÑO NIÑO NOS HA SIDO DADO; UN HIJO HA NACIDO PARA NOSOTROS. Los ángeles al anunciar su nacimiento usan las mismas palabras: Regocijaos, dicen á los pastores, por que os HA NACIDO UN SALVADOR. Y S. Pablo nos hace observar que el Padre Eterno no solo nos ha dado á Jesucristo, sino que en él y con él nos ha dado tambien todo cuanto le pertenece. Ved aqui por qué, como dice San Leon, todo lo que Jesucristo es, todo lo que Jesucristo tiene, todo lo que concibió la virginidad de María y la rabia infernal de los judíos clavó en la cruz, todo es nuestra propiedad. Todos los momentos preciosos de su vida, todas sus acciones, todos sus pensamientos, todos sus afectos nos pertenecen; él no puede disponer de cosa alguna sin nosotros ni fuera de nosotros. Nosotros debemos necesariamente tener parte en todos sus designios y en todas sus obras. Si él hubiera dicho ó hecho cualquiera cosa que no hubiera tenido relacion alguna con nosotros, hubiera dejado de pertenecernos desde aquel momento; él hubiera sustraido algo á la universalidad, á la integridad, á la perfeccion de su ofrenda. Ved aqui por qué siempre nos tuvo presentes en todo. Por esta razon su vida entera, sin que le fuese permitido distraer un solo instante, fué un sacrificio continuo, un sacrificio tan absoluto en su integridad como en su perfeccion, y como un solo pensamiento, una accion única y no interrumpida cuyo objeto era la salvacion de los hombres.

Si tal fué y debió ser la conducta del Salvador con respecto á nosotros durante su vida, será creible que al tiempo de su muerte quisiese olvidarla ó desmentirla, ni aun por un solo instante ó por un solo pensamiento? Podrá crerse jamás que en la cruz, sobre el altar de su sacrificio, en el momento en que la víctima ofrecida por la salvacion del mundo era inmolada, quisiese pensar ó hacer alguna cosa estraña á su sacrificio, y que habiendo estado siempre ocupado en la obra de la redencion de los hombres, la perdiese de vista por un solo instante cuando iba á cumplirla? No, él no nos olvidaba en aquel instante tan solemne, en aquella accion tan sublime, en aquella disposicion tan importante, en aquel testamento tan precioso por el que el Hijo de Dios dispuso de la que le parió. Aquel legado nos fué comun con S. Juan. Jesucristo entonces pensó tambien en nosotros; él nos tuvo presentes; nos tuvo á la vista; entonces nos dió á María por madre y nos legó por hijos á María. *(Vease la nota cuarta.)*